

LA PALOMA

Por FERNANDO DE TERÁN

A la memoria de mi maestro Leopoldo Torres Balbás, bajo cuya dirección inicié este trabajo, que su muerte interrumpió hasta ahora.

LA VIRGEN DE LA PALOMA

El barrio de la Paloma carece hoy de reconocimiento oficial en cuanto a demarcación administrativa, pero sigue siendo una clara referencia espacial para todo madrileño, como uno de los ámbitos más castizos e impregnados de historia del casco antiguo.

El fragmento de Madrid del que aquí vamos a ocuparnos, es bastante reducido, ciñéndonos al entorno de la calle que, un tanto sorprendentemente dio nombre a todo aquel barrio y atrajo la atención sobre sí: la calle de la Paloma.

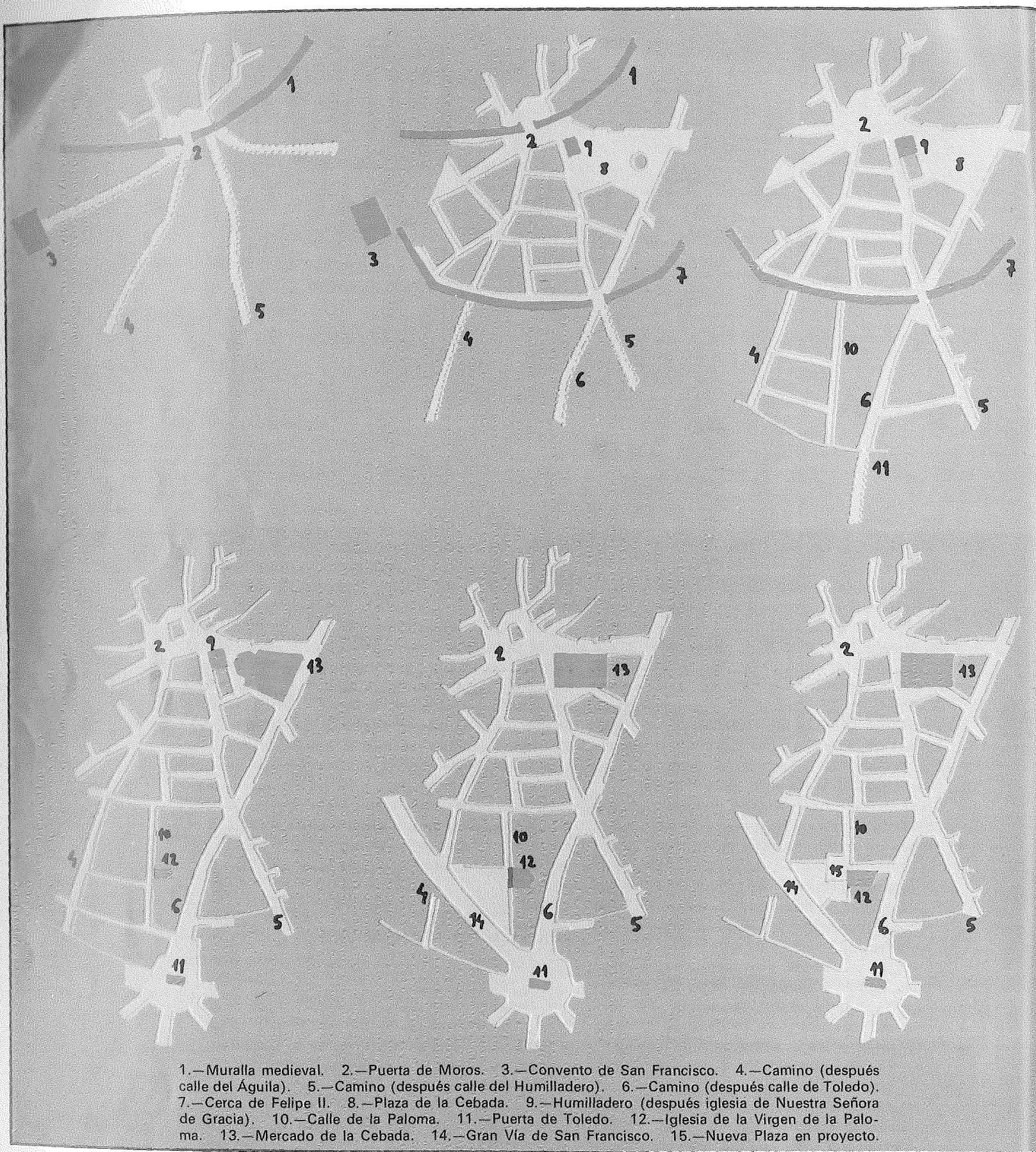
Un tanto sorprendentemente, en efecto, porque esa modesta y corta calle, no sólo está físicamente localizada de forma marginal en el conjunto del barrio, sino que, además, corresponde cronológicamente a los episodios más tardíos de la formación del mismo, y es arrabalera, no ya respecto a la muralla medieval, sino también respecto a la cerca de Felipe II.

Es, en la popularidad alcanzada, y en el atractivo ejercido más tarde por esa calle, a finales del siglo XVIII y durante el XIX, donde hay que buscar, sin duda, la razón de la denominación de todo el barrio, y ese atractivo se produce, como es sabido, a consecuencia de un vivo movimiento religioso popular desencadenado a su vez por la fortuita aparición de un lienzo, que parece ser retrato de una monja. Aceptado como imagen de la Virgen, fue venerado de forma creciente hasta dar lugar a la construcción de una iglesia en aquella calle, y a la celebración de grandes festejos anuales en los alrededores de la misma, que habrían de convertirse en pintoresca mezcla de milagrería y verbena. De todos modos, algo especial tenía el nombre de la calle, relacionado

con el valor oculto de las palabras y de los símbolos, cuando hasta la propia Virgen (reconocida por la Iglesia como Nuestra Señora de la Soledad) fue siempre para el pueblo la Virgen de la Paloma, dando lugar a uno de los más castizos nombres de la población femenina madrileña. Pero más curioso resulta aún constatar que esta asociación de Virgen y paloma era ya anterior a la historia del cuadro y está presente desde el principio en la denominación de la calle. Según la leyenda, el nombre se debe, en efecto, a la existencia de una paloma, habitante de unos corrales de aquella calle y conocida por el vecindario, que voló insistentemente sobre una imagen de la Virgen de las Maravillas en un traslado procesional, muy anterior a la aparición del cuadro que había de llegar a ser imagen de la Virgen de la Paloma.

FORMACIÓN Y COMPOSICIÓN DEL PLANO

Cuando se observa en conjunto el plano de todo el barrio, hay un hecho morfológico sobresaliente que llama poderosamente la atención y proporciona la clave para la interpretación de su inicial formación estructural. Es esa especie de centro de convergencia al que llegan, o del que parten, nada menos que diez calles y en el que la denominación oficial llega a distinguir hoy hasta cuatro plazas yuxtapuestas: la de puerta de Moros, la de los Carros, la de San Andrés y la del Humilladero. Aquí es, en efecto, donde se encontraba la puerta de Moros, la más meridional del recinto medieval, cuya muralla pasaba por este punto, describiendo después un arco hacia



Evolución histórica y formación del plano.

el noreste hasta llegar a la puerta siguiente: la puerta Cerrada. Las calles que quedaban dentro, pertenecientes al núcleo medieval, confluían hacia las salidas; desde éstas, hacia fuera de la villa, partían en varias direcciones los caminos rurales.

Como ha hecho notar Molina Campuzano, éste era todavía, prácticamente, el contorno de Madrid en esta zona, en los momentos en que Felipe II establecía la Corte, según se deduce de las conocidas perspectivas dibujadas por An-

tón Van Den Wyngaerde, en las cuales aparece aún sin ocupar la mayor parte de los terrenos situados al sur de la puerta de Moros, si bien algunas edificaciones jalonan ya el camino que, en dirección suroeste, conducía al convento extramuros de San Francisco, es decir, la actual carrera de San Francisco.

La cerca que, por disposición del mismo rey se empieza a construir en 1566, pretendía volver a cerrar la ciudad, recogiendo con holgura la edificación que se había extendido abundantemente fuera de la muralla medieval, especialmente hacia el este. Su trazado ha sido reconstituido aproximadamente, y en la zona que nos ocupa seguía el de la actual calle de Calatrava, cortando al camino que iba al convento de San Francisco y otros dos caminos que, desde la puerta de Moros se dirigían, separándose, hacia el sur, y cuyos trazados coincidían con las posteriores calles de Tabernillas, prolongada por Águila, y del Humilladero, respectivamente.

Así, pues, al sur de la puerta de Moros quedaron incorporados a la ciudad dentro de la cerca unos terrenos que, según el ya citado Molina, fueron objeto de una descomposición en manzanas por medio del trazado de varias calles rectas entre los caminos existentes, comenzando a edificarse en ellas hacia 1583.

Pero el mismo autor señala que la prohibición real de edificar fuera de la cerca tuvo efectos de poca duración, de modo que, dada la afluencia de población que recibió Madrid durante el reinado de Felipe II, en 1590 la ciudad había casi duplicado la extensión de la superficie contenida por la cerca. Puede decirse, pues, que se produjo en suelo rústico, una extensión ilegal pero tolerada, tanto sobre terrenos municipales vendidos al efecto, como sobre parcelaciones privadas que convertían especulativamente eriales en solares. A una intervención municipal regulizadora, se debería la aparición de calles rectas en estas áreas de extensión extramuros, ejemplo de las cuales pudo ser la de la Paloma, que cortaba longitudinalmente, para dar profundidad normal de manzana, al amplio rectángulo comprendido entre la propia cerca (hoy calle de Calatrava), la calle de Toledo, el camino que bajaba al río (hoy calle de Tabernillas, prolongada por la del Águila) y el límite meridional de la población impuesto por la topografía (caída del terreno perfectamente visible en el plano de Texeira). Recuérdese que la apertura, como un gran tajo, de la gran vía de San Francisco es muy reciente, como veremos más adelante.



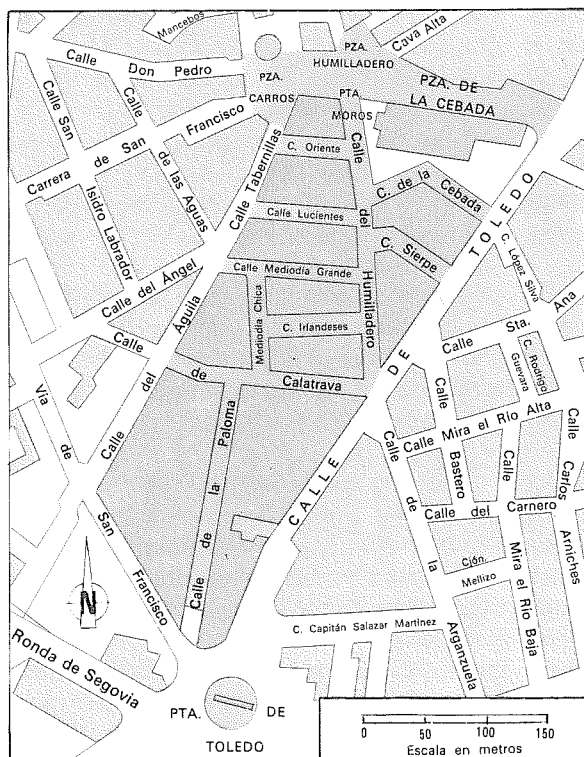
La edificación se desarrolló ininterrumpidamente durante los decenios siguientes, de modo que, en 1635, puede comprobarse que el barrio había adquirido prácticamente su definitiva estructura (salvo en lo que se refiere precisamente a la citada gran vía) por como aparece en el plano llamado de Wit, y confirman los de Texeira (1656) y siguientes. La nueva cerca de Felipe IV confirmaría a su vez el límite meridional, estableciendo el emplazamiento de una nueva puerta Sur: la de Toledo sobre el camino del mismo nombre.

Como vemos, la organización morfológica general aparece más clara al contemplarla como resultado de este proceso histórico de formación por adiciones sucesivas no planeadas, cuyo carácter de improvisación sobre la marcha queda tan patente ante la ausencia, tanto de una ordenación clara del sistema viario, como de un conjunto de plazas o de algún indicio de monumentalidad. Las calles, por lo que se refiere al área de nuestro estudio, fuera por lo tanto del recinto medieval, pertenecen a esos dos tipos que ya hemos señalado: por una parte, la conversión de los caminos medievales, más o menos sinuosamente adaptados a la topografía, da calles quebradas de anchura variable, y por otra parte, los nuevos tramos rectos, bien alineados, de anchura constante, descomponen en manzanas más o menos regulares los espacios comprendidos entre las anteriores. Las primeras, la calle de Tabernillas, prolongada por la del Águila, y la calle del Humilladero, muestran su convergencia radial hacia la

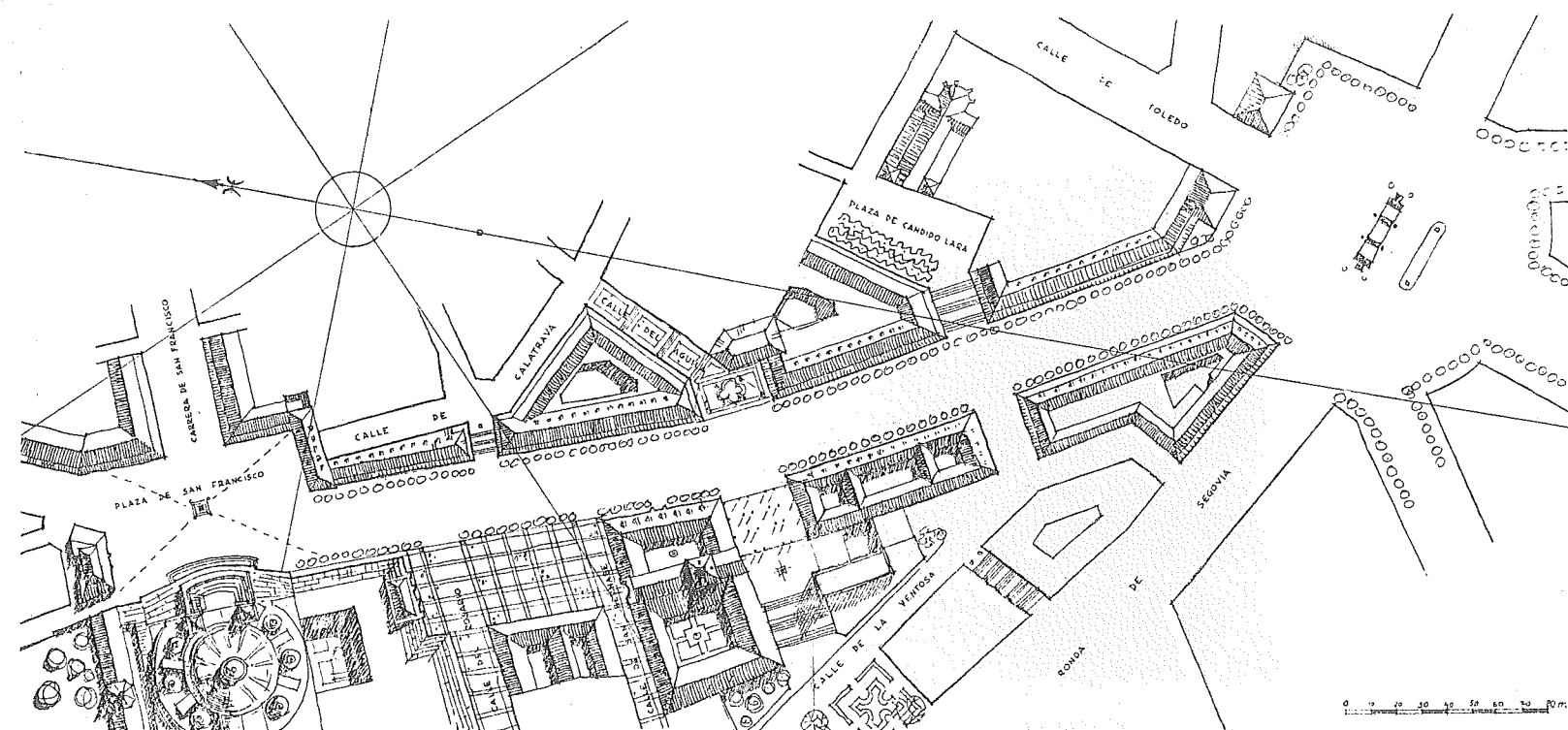
Fragmento de la «Topographia de la Villa de Madrid», dibujada en 1656 por Pedro Texeira.

En realidad, esta reforma se venía preparando desde muchos años antes. Por lo menos, desde que, en 1904, la propusiera una Junta Consultiva Municipal y se incluyese en un plan general de reformas. Su razón de ser fundamental era la de permitir la continuidad del tráfico entre el norte y el sur de la ciudad, sin pasar por el centro de la misma, mediante la unión del extremo sur de la calle de Bailén con la puerta de Toledo, a través de una nueva vía que uniese dicha puerta con San Francisco el Grande.

También se incluía esta reforma, un poco más tarde, en el Plan General de Extensión de Madrid, aprobado en 1933, y redactado por la Oficina Municipal de Urbanización. La solución detallada del trazado viario y de la edificación es igualmente irrespetuosa con el producto de la historia, ya que como exponían sus autores, los arquitectos Lacasa, Colás y E. de la Mora, no se trataba sólo de mejorar la red de tráfico, sino de sanear zonas antihigiénicas, de «transformar la morfología de una zona urbana, sustituyendo las viviendas existentes por otras que estén dentro de las normas de la higiene o por espacios libres que eleven el estado higiénico de la zona». Eran los dogmas del racionalismo ahistoricista universal, los que sustentaban y daban fuerza a esta manera



244 FERNANDO DE TERÁN



de entender la reforma urbana, que no dudaba de deshacerse del legado del pasado, a los que añadían una visión social del problema, cuyo planteamiento se quedaba en el control del aprovechamiento de la operación a beneficio general de la ciudad, pero aceptando en contrapartida «soluciones descentralizadoras o de extensión que proporcionen en sitios bien elegidos, posibilidades de alojamiento a la población expulsada».

La reforma fue igualmente aceptada por el Plan General de Ordenación de Madrid de 1942, y varios nuevos proyectos volvieron a desarrollarla. Entre ellos, el de Fernando Chueca, en 1962, que se inscribía indiscutiblemente mejor, con mayor sentido del valor histórico, en el trazado preexistente, conservando mucho de él y creando una plaza delante de la iglesia de la Paloma.

El trazado aprobado definitivamente por el Ayuntamiento, de acuerdo con el cual se ha abierto la vía hoy existente, reproduce el eje fundamental que aparece con pocas variaciones en todos estos antecedentes; pero el problema de los espacios laterales y la inserción de la operación en el tejido urbano subsiste aún sin resolver, ya que el proyecto de ordenación de San Francisco el Grande, preparado por el Ayuntamiento en 1971, carece todavía de aprobación.

Mientras tanto, en el extremo sur del sector ha aparecido la primera de las edificaciones que un día cubrirán los vacíos actuales, de espaldas al antiguo barrio, abriendo sus fachadas hacia la

nueva Gran Vía y dejando ya irremisiblemente cerrada la calle de la Paloma. Enfrente de la iglesia, un desolado panorama de medianerías y descampados, a la espera de la decisión municipal, sigue recibiendo todos los veranos la tradicional verbena, que hizo célebre la famosa zarzuela.

Proyecto del arquitecto F. Chueca, para el trazado de la gran vía de San Francisco.

Campillo de San Francisco el Grande.





Aspectos formales de los edificios de vivienda. Casas de la calle del Humilladero y de la calle de la Paloma, mostrando las características ordenaciones de sencillos balcones rectangulares.

EL TIPO DE VIVIENDAS EXISTENTES

Así, pues, el sector urbano que nos ocupa había adquirido su estructura definitiva antes de la mitad del siglo XVII, puesto que ya aparecía completo en el plano de 1635, de modo que el trazado viario y el caserío no aparecen sustancialmente modificados en planos posteriores. El de Texeira, de 1656, más exacto que el anterior, aparte de mostrar la aparición de una nueva manzana en el borde sur, permite una apreciación muy objetiva del carácter de la edificación en esta zona y muestra la fisonomía modesta y de carácter rural del caserío que forma las manzanas. Éstas se componen de pequeñas casas, generalmente de una o dos plantas, alineadas con continuidad de fachadas a la calle y con corral poste-

Una casa de la plaza de la Cebada.



rior, formando la suma de todos éstos un espacio libre, interior a la manzana.

En el único estudio existente, especialmente dedicado al barrio de la Paloma, su autora, María Isabel del Río, ha comprobado que toda la edificación hoy existente en este sector es posterior a 1843, conservándose bastantes casas de la segunda mitad del siglo XIX. Pues bien, un examen comparado permite afirmar que, en general, la renovación se ha producido conservando el tipo de parcelación inicial, por lo que las casas actuales, de escasa fachada y mucho fondo, son resultantes de la ocupación intensiva de la manzana, avanzando la edificación hacia el interior con desaparición del espacio ocupado por los corrales. A esta mayor ocupación en planta debe añadirse la también mayor altura. En el área que nos ocupa, la edificación actual es mayoritariamente de cuatro y cinco plantas, llegando en algunos casos a seis y siete.

Aunque la parcelación no es muy regular, tampoco puede decirse que sea absolutamente irregular. Una cierta voluntad racionalizadora de la división de las manzanas se advierte en muchos casos, en el frecuentemente riguroso paralelismo de los linderos de las parcelas y en ciertas modulaciones que aparecen como series de parcelas iguales o muy semejantes en su anchura. El frente de fachada más frecuente se mueve entre ocho y doce metros, siendo corriente que el fondo de la parcela esté comprendido entre el doble y el triple de esta anchura. El tipo de casa que actualmente ocupa esta parcelación es la tradicional del viejo Madrid, caracterizada por su estructura portante de madera, fábrica de ladrillo y revoco en fachada, ordenada ésta a base de una modulación repetitiva de bien definidos huecos rectan-



gulares, a veces resaltados por una ligera moldura y dotados de un pequeño voladizo con barandilla de hierro, capaz de contener algunas macetas con plantas. La tradicional persiana ligera enrollable, verde u ocre, es el complemento habitual de estos balcones para la graduación de la luz y del calor.

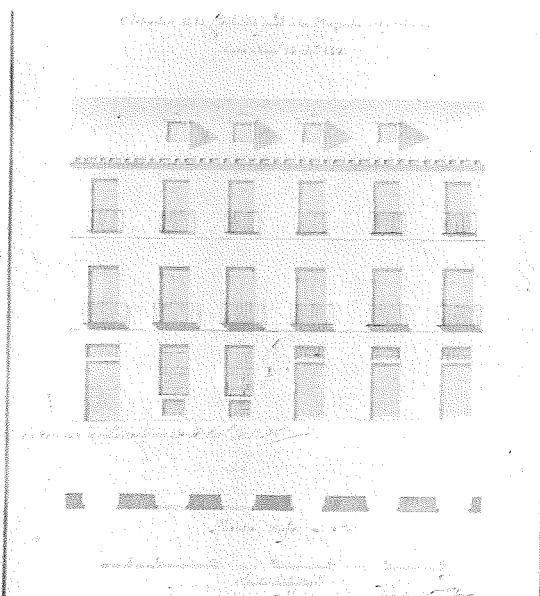
No puede decirse que las condiciones de salubridad sean muy satisfactorias para la totalidad. El ya citado trabajo de Isabel del Río pone incluso en duda, tras inspección ocular directa (1972), la disposición totalmente generalizada de los servicios de agua corriente, baño o ducha, retrete inodoro, sin precisar el porcentaje de las viviendas que carecen de ellos, señalando que el 45 por 100 de los vecinos no disfrutaban de calefacción. Las condiciones de seguridad sí parecen garantizadas ahora, después de la operación de derribo de edificaciones de estabilidad dudosa, llevada a cabo por el Ayuntamiento en campaña aún no lejana, que ha dejado en esta zona algunos solares vacíos, en los que pueden contemplarse al descubierto los interesantes entramados de madera de las medianerías vecinas.

En la calle de la Paloma se conservan todavía dos de las tradicionales casas madrileñas de corredor, que corresponden a los números 8 y 13. La primera es bastante grande, de 13 metros de anchura por 46 de fondo, con dos plantas y 32 viviendas, a las que se accede desde el patio y el corredor. La otra es mucho más pequeña, con el patio colocado lateralmente y viviendas sólo en un costado. Las condiciones de habitabilidad de ambas edificaciones parecen menos que satisfactorias y ni el más nostálgico casticismo, o la más conservadora de las recientes actitudes progresistas, podría justificar la permanencia del uso

de viviendas en las mismas, aunque reconvertidas para otros usos o acondicionadas en forma muy diversa, deberían ser conservadas como muestra de un tipo de edificación característico de toda una etapa de la historia de Madrid.

Dentro de este apretado caserío, cuyas características dominantes acabamos de esbozar, se destacan las edificaciones modernas que vienen a rellenar los huecos que deja la piqueta de los derribos. Entre ellas, hay ejemplos muy claros de lo que jamás se debería hacer en un lugar de las características del que nos ocupa, pero también hay otras que ponen de manifiesto el acierto en un inteligente uso de los materiales y una estudiada composición de fachadas que permiten pensar en una transformación puntual de la edificación que la necesite, sin pasar por las drás-

Aspectos constructivos de los edificios de vivienda. Patio interior con típicas galerías y medianerías al descubierto mostrando los característicos entramados de madera.



Proyecto de 1798 para una casa en la plaza de la Cebada. Obsérvese la misma característica ordenación de huecos de fachada, conservada por edificios posteriores actualmente existentes.



Sustitución puntual de casas antiguas por edificios modernos, respetuosos con la escala y el ambiente.

ticas operaciones de renovación de conjunto que hacen desaparecer de un golpe varios siglos de historia urbana.

Pero no puede concluirse una referencia a la edificación en este sector, sin aludir a los edificios singulares.

Ya hemos dicho que este fragmento madrileño de origen arrabalero es pobre en toda clase de atributos ennobecedores de la fisonomía urbana: ni perspectivas, ni plazas, ni monumentos, ni jardines. Razón de más para que nos detengamos con mayor atención en los dos únicos hechos arquitectónicos diferenciales que en él se encuentran: la iglesia de la Virgen de la Paloma y el mercado de la Cebada.



También ha habido actuaciones menos afortunadas y cuidadosas.

HISTORIA DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA IGLESIA DE LA PALOMA

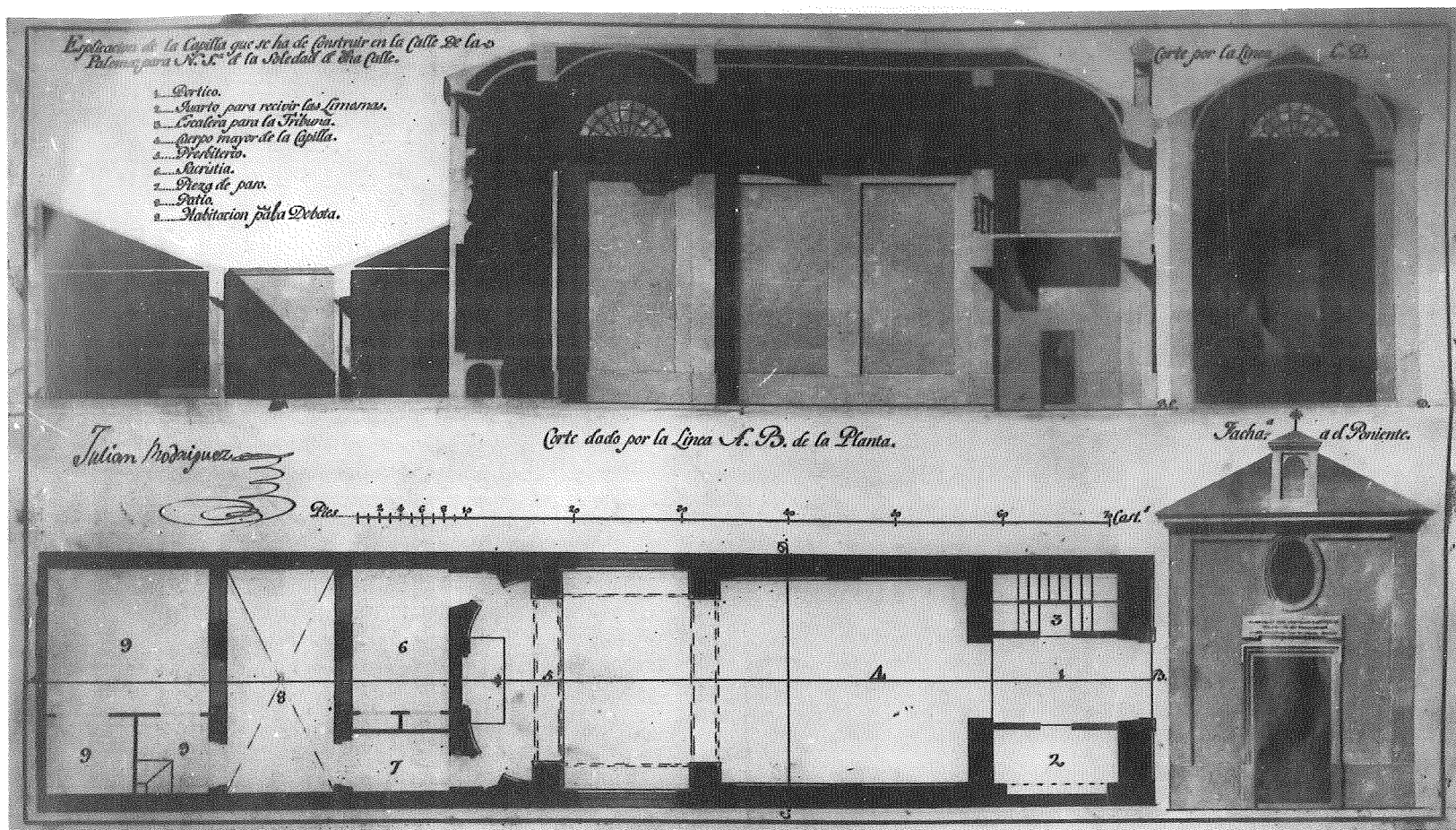
La historia de la aparición de la imagen de la Virgen es bastante conocida. Profusamente adornada por la imaginación popular y retocada con fines quizá piadosos, ha llegado hasta todavía recientes hojas parroquiales. En el *Diccionario geográfico*, de Madoz (1847), viene ya relatada escuetamente dicha historia, después de hacer la descripción de una capilla neoclásica, donde entonces se veneraba la imagen, situada en la calle de la Paloma.

Una ligera variante aparece en la *Guía de Madrid*, de Fernández de los Ríos (1876). Mesonero Romanos sólo alude a ella en su *Madrid antiguo* (1881), y lo mismo Peñasco y Cambroner, en su libro sobre *Las calles de Madrid* (1889). Una abundante recopilación de tradiciones «desperdigadas en libros y papeles» puede encontrarse en la obra de Velasco Zazo, *Recintos sagrados de Madrid* (1951), así como la menos conocida explicación del motivo de la efigie, según la cual no se trataría de la imagen de la Virgen sino del retrato de una simple monja.

Por otra parte, un cuadernillo conservado en la biblioteca del museo Municipal, al parecer separado de alguna revista, sin fecha ni autor (aunque por citar dos veces a «la Reina Ntra. Sra. Dña. Isabel II» permite una localización cronológica), facilita un extenso relato de la devoción popular desde la aparición del cuadro, que fecha en 1790, y de los milagros que empezaron a producirse, entre los que incluye la curación del duque de la Torre, caballero de Carlos IV, y la del futuro Fernando VII, siendo príncipe de Asturias, sanado a los ocho años de escorbuto en la boca al ser presentado por su madre, la reina María Luisa, a la Virgen de la Soledad.

Pero para un más riguroso conocimiento de la verdadera historia que desembocó en la construcción de una iglesia para atender a la devoción, suscitada por la que llegó a ser la más popular de las Vírgenes madrileñas, contamos con un expediente conservado en el Archivo Histórico Nacional, que se inicia en 1791, a instancia de Isabel Tintero, para que se le conceda permiso para edificar una capilla en la calle de la Paloma y colocar en ella una imagen de la Virgen de la Soledad.

Este manuscrito presenta el interés de revelarnos cómo se llevó a cabo la ejecución de la capilla, gracias al «celo y generosidad» de todo un barrio



primero, y luego por el auxilio de una amplia devoción madrileña generalizada, sobre todo lo cual no había fuentes históricas y la leyenda se mezclaba con la realidad. Asimismo, se ponen de manifiesto en el expediente aspectos curiosos del funcionamiento de la comisión de Arquitectura de la Real Academia de San Fernando y se ve la manera en que se llegó a hacer autor de la capilla el entonces teniente director de la misma, el arquitecto Francisco Sánchez, discípulo y colaborador de Ventura Rodríguez.

El expediente empieza describiendo cómo la interesada colocó y cuidó el cuadro en una habitación de su casa «con la mayor decencia y aseo que le fue posible», «siendo tantos los prodigios y maravillas que ha obrado y obra esta Señora desde su colocación con los enfermos e impedidos y otros que imploran su divino auxilio y misericordia», «que es tan grande y general la concurrencia de los devotos que acuden a orar, que no pueden colocarse en esta capilla por su mucha estrechez». El dato histórico de aparición del cuadro se sitúa en 1787.

Especifica después el manuscrito cómo llegaron a reunirse, con las limosnas que daban devotos de todas clases sociales, fondos suficientes para comprar un solar en la calle de la Paloma, «en donde con más comodidad y ensanche poder labrar una nueva capilla para colocar con mayor decencia y ornato dicha santa imagen y que fuese propia y privativa suya». El solar se adquirió en 6.775 reales, en mayo de 1791.

Tras los informes del párroco de San Andrés, del alcalde y del arzobispo de Toledo, el Supremo Consejo de Castilla ordenó se reconociese el terreno y que se levantase «plano, traza y condiciones de la obra» por un «profesor de arquitectura» que sea de satisfacción del alcalde. Éste designó a Francisco Sánchez, que un año más tarde le presentó dos proyectos, de 177.302 reales y 74.790 reales de presupuesto, respectivamente, que no se encuentran con el expediente. Si se encuentra, en cambio, el proyecto presentado espontáneamente por el maestro de obras Julián Rodríguez, que se brinda a construir la obra sin cobrar. Entonces los tres proyectos fueron examinados por la Academia de San Fernando, que recomendó la construcción de la capilla según el más costoso de los proyectos de Sánchez.

Ante esta decisión, los representantes de Isabel Tintero, quien no sabía firmar, solicitan permiso para acogerse al proyecto menos costoso de los de Sánchez, por ser más proporcionado su coste a lo recaudado, petición que fue denegada y a cuya denegación sigue en el expediente la orden del Supremo Consejo de trasladar la imagen a la iglesia parroquial o a otra próxima al barrio de la Paloma, y de que sea colocada en un altar que se construya con lo recaudado más el producto de la subasta del terreno comprado. El escrito no se olvida de señalar que debe procurarse «evitar en el acto de la traslación todo motivo que pueda causar alteración en el ánimo de dicha Isabel Tintero, de los habitantes y de los demás

Proyecto del maestro Julián Rodríguez para la primera iglesia de la calle de la Paloma.



La imagen de Ntra. Sra. de la Soledad, conocida vulgarmente como Virgen de la Paloma, delata claramente su procedencia como retrato de una monja.

que intentaban y contribuían para la construcción de la Nueva Capilla».

No es difícil imaginar la mala acogida de esta disposición en el barrio. Resultado de la contrariedad popular debió ser el documento que sigue en el expediente, una larga comunicación del párroco de San Andrés, dando cuenta de cómo fue naciendo la devoción, de lo fuerte y auténtica que le parece, y de los peligros que encierra el contrariarla, entre ellos el de que «faltando a la vista de aquel barrio ese estímulo de piedad, buelba a dominar en él la demasiada libertad y desenfreno de que estaba notado».

Esta comunicación surtió efecto, pues poco después el alto Consejo autoriza la construcción de la capilla, según los deseos manifestados por el pueblo. Era en junio de 1792.

El expediente se reanuda en 1796. La capilla ya está construida. La relación de empleo de los fondos permite comprobar que lo recaudado sobrepasó con mucho al presupuesto, de tal modo que sobró dinero abundante para comprar la casa

de al lado con destino a vivienda del capellán y restaurarla, así como para atender a detalles, tales como el toldo del atrio.

También da cuenta el expediente de cómo el domingo 9 de octubre de 1796 tuvo lugar la bendición de la capilla y el solemne traslado procesional de la imagen, y de cómo fue necesario preparar unas instrucciones para la administración y gobierno de los «caudales y alhaxas» de la Virgen, ya que en seguida se vio que las limosnas eran cuantiosas, lo que lleva a figurar en el expediente la expresiva frase de que «este santuario es y ha sido una India». El expediente se cierra en 1798, con una defensa que el obispo hace del capellán, acusado de malversación de fondos.

Veamos ahora algunos datos posteriores.

Por el cuadernillo del museo Municipal, sabemos que Isabel Tintero murió el 12 de octubre de 1813, a los sesenta y siete años, y que durante la dominación francesa fue ella la que escondió las joyas de la Virgen.

El arquitecto, Francisco Sánchez murió cuatro años después de acabada la capilla. Detalles de su vida y obra se encuentran en las *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España*, de Llaguna y Amirola, así como en el Archivo de la Escuela de San Fernando.

En cuanto a la capilla en sí misma, el citado cuadernillo nos dice que en la época de su redacción había misas en ella desde el alba hasta después del mediodía, permaneciendo abierta hasta el anochecer y siendo preciso abrir la cancela del atrio los días festivos para que desde fuera pudiera asistir más gente. También señala la especial devoción de las mujeres recién paridas, que vienen con sus hijos en brazos, y que «ésta es una de las imágenes de la Sm. Virgen que la Reina Ntra. Sra. visita en el último mes de sus embarazos, dejando siempre con una abundante limosna para su culto, pruebas de su real e inagotable magnificencia».

Todos los cronistas que ya mencionamos se ocupan de la capilla y señalan la importancia de la devoción. Mesonero habla de la multitud de exvotos que cubrían las paredes. Nosotros, habiéndose perdido los proyectos de Sánchez y habiendo desaparecido la capilla, tenemos que remitirnos a los que la vieron. Según Madoz, Francisco Sánchez no desmintió en ella los «buenos principios que había tenido por la sencillez, proporción y buen gusto», alabando tanto la fachada como el interior de la capilla «cuya pequeña fachada se halla decorada con dos fajas

a los lados y un frontispicio triangular en el remate; ocupando el centro, la puerta con jambas y un guardapolvo de granito. El interno es lindo, aunque reducido, consistiendo en una sola nave cerrada en el centro con un cascarón, y adornada de pilastras sobre las que corre la cornisa arquitrabada. El retablillo es de mármoles y consta de dos columnas corintias con basas y capiteles dorados, y encima del correspondiente cornisamento hay, en un trono de nubes y ráfagas, un grupo de ángeles con la cruz. Está colocado en el intercolumnio un cuadro que representa a Ntra. Sra. de la Soledad, una de las imágenes de más veneración para el pueblo de Madrid».

Otros datos, aunque pobres, para el conocimiento de la obra, ya que nos faltan mejores referencias gráficas, los proporcionan la reproducción de la iglesia en la maqueta de Madrid, que se conserva en el museo Municipal (en la que puede apreciarse su pequeñez, su atrio con cancela y su espadaña), y la planta dibujada en el Plano Parcelario de Madrid, del Instituto Geográfico y Estadístico, realizado entre 1872 y 1874, que, aunque reducidísimo, permite dar una idea de la disposición. Dos fotografías, interior y exterior, bastante mal reproducidas, se publicaron en 1895 en *Blanco y Negro*.

Rastreando datos acerca de la demolición de esta capilla, hemos encontrado algunos en el archivo de la Villa.

De 1858 data una primera noticia de haberse formado un plano para ensanchar una plazoleta frente a la capilla, para procurar una cierta descongestión ante la aglomeración de vehículos, aduciéndose las frecuentes visitas de la reina, el rey y el infante don Francisco de Paula.

Con la misma fecha hay una proposición presentada al pleno del Ayuntamiento por varios concejales y aceptada por unanimidad por el mismo para la construcción de un nuevo santuario, demoliendo el existente para agrandarlo, dada su pequeñez. En respuesta a esta pregunta, antes de concederse el permiso real, se solicita al Ayuntamiento información sobre diversos aspectos administrativos, sin referencia alguna al valor artístico de la capilla.

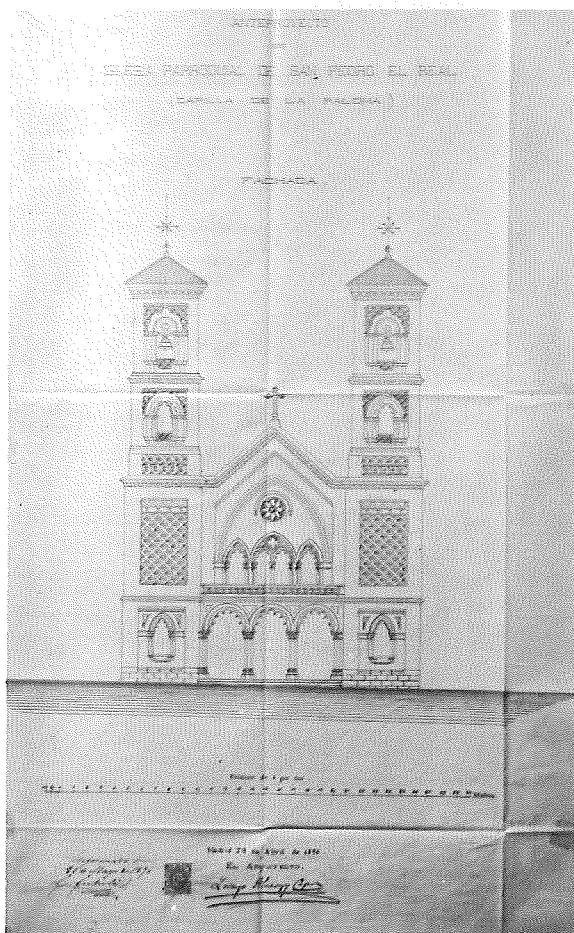
En 1859 es aprobada por unanimidad una nueva propuesta, encargándose el concejal Juan Bautista Peyronet de hacer el plano y entenderse sobre la compra de terrenos colindantes.

Hay que saltar ahora a 1896 para encontrarnos con un expediente promovido por el arquitecto Lorenzo Álvarez Capra, solicitando permiso para construir de nueva planta la iglesia parroquial de

San Pedro, «vulgo capilla de la Virgen de la Paloma». Consta de una memoria descriptiva de la iglesia que se quiere construir, planos de proyecto, mediciones y tasación, relación de terrenos expropiados y acaba con el visto bueno del arquitecto municipal y el permiso de construcción. En la memoria se anuncia que «el estilo empleado en la construcción de este templo es el mudéjar, acompañado de elementos del gótico».

De 1911 es el certificado de terminación de esta obra. Sin embargo, la fecha de inauguración de la nueva iglesia fue, según Velasco Zazo, el 13 de marzo de 1913. El único documento posterior a 1911 se refiere a un recalzo de fachada. La iglesita de Sánchez, construida por el deseo popular, había desaparecido para siempre sin que nadie la defendiese ni la recordase, después de una vida breve de ciento quince años.

Lorenzo Álvarez Capra, nacido en Madrid en 1848, fue uno de los más destacados representantes del neomudéjar, el madrileño «revival» de arquitectura de ladrillo, dentro del cual se elevaron tantos edificios en la ciudad, especialmente



Proyecto del arquitecto Álvarez Capra, para la nueva iglesia de la calle de la Paloma.



La actual iglesia, terminada en 1911, ejemplar híbrido del estilo neomudéjar madrileño con elementos góticos.

en los primeros años del presente siglo. En su obra *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, Pedro Navascués Palacio atribuye a Álvarez Capra un papel mucho más importante en la gestación y difusión del neomudéjar del que hasta ahora se le ha reconocido, al lado de la figura más brillante de Rodríguez Ayuso, con el que colaboró en la construcción de la antigua plaza de toros de Madrid en 1874.

Pero Álvarez Capra no llegó a una plena identificación con el estilo que había ayudado a inventar e introducir, y no pudo prescindir de apoyar casi todas sus obras con otros acompañamientos historicistas, recreados no siempre con fortuna y no siempre congruentes con el resto. Así ocurre precisamente con la nueva iglesia de la Paloma, cuyo exterior podría ponerse como

ejemplo característico de ese estilo neomudéjar si no fuese por los tres arcos góticos del ventanal en piedra blanca sobre la puerta, mientras que en el interior se experimenta una incómoda sensación de indefinición de lenguaje, ya que tampoco se traduce con claridad en esos ambiguos pilares que definen el espacio central, una incorporación de «los elementos del gótico», como declaraba el autor en la memoria del proyecto. Todo ello resulta híbrido, deslabazado e inconvincente. En cualquier caso, allí en lo alto, detrás del altar, permanece la Virgen en hábito blanco y negro, dentro de su marco y detrás de un cristal de protección. Todavía es posible comprobar que la costumbre de presentarle niños goza de alguna vigencia, si bien desprovista del ritual que en otros tiempos la acompañaba.

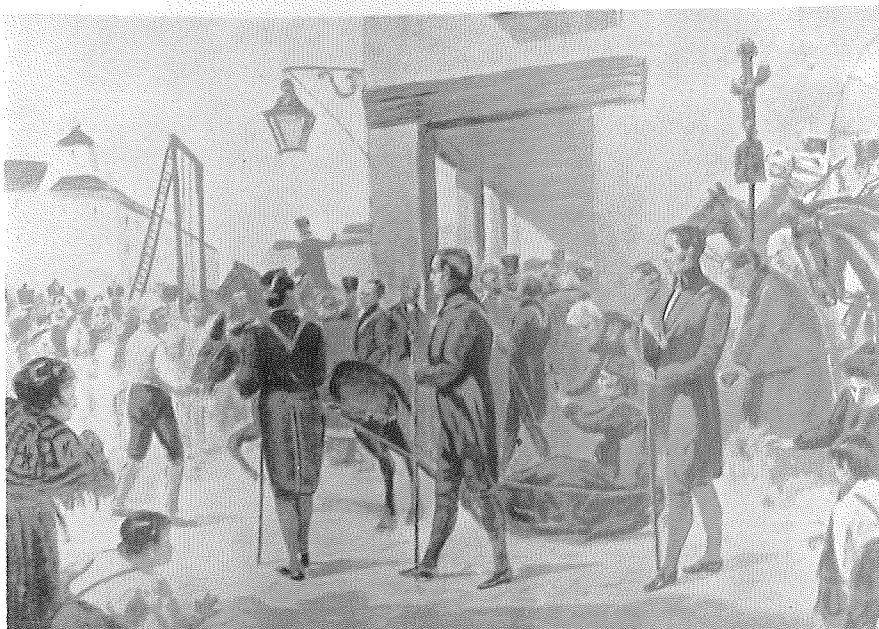
LA PLAZA DE LA CEBADA. EL MERCADO Y SU SUSTITUCIÓN

El otro elemento arquitectónico descollante es el mercado de la Cebada que, como en el caso de la iglesia, sustituye a un edificio anterior del mismo uso, cuya desaparición también es de lamentar, aunque en este caso, además de la desaparición del edificio haya que lamentar tanto o más la desaparición de una plaza.

En realidad, la plaza de la Cebada era una plaza bastante especial, caracterizada, como todo el sector, por su falta de ordenación regular, por la ausencia de toda voluntad compositiva en su origen, tanto por lo que se refiere a su inserción en el conjunto urbano como por su propia forma. Residuo de azarosa configuración de un espacio rural extramuros, sustraído por voluntad real a la ocupación de la edificación, era «verosímilmente el más importante ejido del Madrid medieval y campesino» (M. Molina), «dedicado en un principio a eras y después al comercio de granos y legumbres» (I. Del Río), y estaba rodeado de una pobre y deleznable arquitectura «irregular y ramplona», «amasijo de tapias agujereadas», que le daba un «aire villanesco y zafío» (Pío Baroja). Fue durante mucho tiempo lúgubre escenario de ejecuciones, entre ellas la del general Rafael de Riego, en 1823, por lo que, en 1854, la plaza pasó a llevar su nombre.

Diversos elementos de poco tamaño e importancia ornaron la plaza desde antiguo. Tanto en el plano de 1635, como en el de Teixeira, aparecen la fuente y el humilladero. Más tarde empezó a ser objeto de mayores ocupaciones. Al humilladero sucedió en el mismo emplazamiento la pequeña iglesia de Nuestra Señora de Gracia, tras cesión municipal del terreno para ello a la cofradía de Veracruz, en 1650. Posteriormente, se adosó a la iglesia una casa, completando una pequeña manzana con fachadas a las calles del Humilladero y de la Cebada y a la plaza del mismo nombre, como aparece todavía en el plano parcelario de Madrid, del Instituto Geográfico y Estadístico, de 1874.

Pero derruida la iglesia, de la que no ha quedado más que la noticia de su existencia y su reflejo en los planos, toda la manzana fue objeto de expropiación en 1910, y restituído el terreno a uso público de plaza, que para entonces había prácticamente desaparecido como consecuencia de la edificación del mercado, que tuvo una larga historia de antecedentes.



En efecto, de 1840 data un primer acuerdo municipal que al cabo de diez años se traduciría en un proyecto de alineación para regularizar la plaza con objeto de construir en ella un mercado público, tras haber quedado abandonado un proyecto para dicho mercado, elaborado en 1845 por el arquitecto Juan José Sánchez Pescador, primero de otros antecedentes, como son los proyectos de Víctor Gayís y de Buenaventura Lara, este último en «gótico arabesco».

De 1863 data un artículo publicado en *El Museo Universal*, que es una clara exhortación al Ayuntamiento para que resuelva el problema de los mercados en Madrid, y señala la plaza de la Cebada como emplazamiento adecuado por estar ya desempeñando ese papel de distribuidor de todo lo que entra por la puerta de Toledo, «por ser un gran centro de expedición y comercio de comestibles, desde donde se reparte a los ámbitos todos de la coronada villa».

Pero véase, además, cómo se señala en el propio artículo, la que habría de ser fuente de inspiración para el proyecto definitivo del mercado: «Hacen falta mercados, y puede decirse

El general Riego, conducido al patíbulo instalado en la plaza de la Cebada, en 1823, según un grabado de la época. Museo Municipal. Madrid.

Una visión bastante dignificada de la plaza de la Cebada, mirando hacia la iglesia de San Andrés.





El mercado de la plaza de la Cebada, tal como se desarrollaba aún en 1863, según un grabado de esa fecha.

que la corte de España no tiene ni tan siquiera uno medianamente decente. Estos mercados que la dignidad de una villa coronada pide, y que exige la salubridad de los habitantes, primera causa nacional que se interesa a todos los pueblos, no se obtienen con extender ciento o ciento cincuenta tiendas armadas sobre cuatro palos y cubiertos con tela o hule. No; las plazas deben ser de construcciones esmeradas y meditadas; deben y pueden ser más: pequeños monumentos. Visítad la gran plaza o mercado central de París, y aplaudiréis aquella grandiosidad que todo respira: elevación de techos, de hierro fundido, sostenido por elevadísimas armaduras; separación de comestibles, limpieza de mesas y pisos, etc...

Por otra parte, el mismo trabajo contiene una valiosa descripción de la plaza en aquel momento, y un no menos valioso grabado que le ilustra, mostrando el abigarrado espectáculo de los tenderetes enmarcados por la pobre edificación: «una fuente nada artística, por cierto, pretende adornar su parte céntrica, y sus costados los forman hileras de casas de las más descuidadas de Madrid a juzgar por lo poco simpático de sus fachadas. Algunas se remontan a los días de los Reyes Católicos, y aunque nos quedan de su tiempo construcciones bonitas, no se pida aquí en las paredes, ni simetría en los huecos y ventanas, ni orden en la elevación y arquitectura, ni gusto ni carácter en parte alguna. Paredes, fachadas de calle de pueblo, más bien que casas de Madrid parecen algunas de las que cierran la célebre plaza de la Cebada».

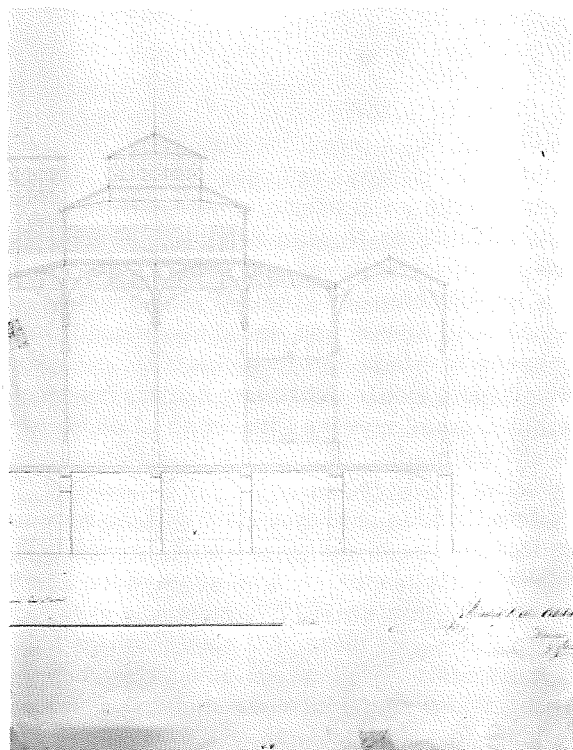
Pero entre todos los antecedentes del proyecto de mercado, ninguno sería probablemente tan significativo como el titulado «Villa de Madrid. Projet de Halles Centrales», de 1863, de cuya existencia hay constancia en el archivo de la Villa, sin que me haya sido posible encontrarlo. Significativo, en efecto, para poder comprobar el grado de originalidad del proyecto que, en 1868, realizó

Precioso proyecto del arquitecto Calvo Pereira para el primer edificio del mercado de la Cebada. Una de las primeras muestras de arquitectura de hierro que se construyeron en Madrid.

Mariano Calvo Pereira (autor de un *Tratado de arquitectura legal*, publicado en 1865), que fue el que realmente se construyó, concebido dentro de la más clara línea de influencia francesa, derivada directamente de los grandes Halles Centrales de París. Este proyecto (del que se conservan algunos planos en el archivo de la Villa), en el que la Real Academia de San Fernando introdujo algunas variaciones, fue, como ha señalado Pedro Navascués Palacio, junto con el mercado de la plaza de los Mostenses (obra del mismo Calvo Pereira, construida al mismo tiempo), la primera arquitectura en hierro de Madrid.

La construcción, junto con la explotación comercial del mercado, fue adjudicada en pública subasta (anunciada en periódicos belgas, franceses e ingleses) a Mariano La Ripa, que en 1871 constituyó en Londres «The Madrid Market's Company Limited», a efectos comerciales, habiendo previamente encargado en París los elementos de hierro colado para la realización del proyecto de Calvo Pereira, ya que la industria española no estaba aún preparada para suministrarlos.

El mercado fue inaugurado en 1875, con un banquete en su interior y asistencia real, y cuatro años más tarde fue comprado por el Ayuntamiento, pagando 26 millones de reales a «The Madrid Market's Company Limited».





Así, pues, la filiación técnica y estilística del mercado de la Cebada respecto a los Halles de París no tiene, como hemos visto, nada de extraño. Sobre el basamento de muros de ladrillo apoyaban las esbeltas columnas metálicas con sus historiados capiteles, que aguantaban un conjunto de airoas jácenas y arcos calados para configurar una cubierta muy movida y graciosa formada por seis lucernarios rectangulares iguales (toda la construcción estaba modulada) y una rotonda central más alta.

Cuando, en 1951, escribía Chueca *El semblante de Madrid*, todavía podía decir que «la inmensa armazón del mercado de la Cebada aparece flotando en la oscuridad como un fanal fantástico de luz ambarina, una catedral sumergida en la noche», y que la luz del amanecer «se filtra por las persianas del viejo mercado y a través de sus naves de vieja estación de ferrocarril». Pero cuando el mismo texto nos muestra el mercado «como exponente de una época y aún de una estética del hierro, para la que también llegará su reivindicación histórica», no podemos dejar de recordar, desde nuestra actual perspectiva, que la reivindicación llegó tarde y que una vez más, como había hecho con la primera iglesia de la Paloma, el Ayuntamiento decidió por todos los madrileños, pero sin contar con ellos, privar a la ciudad de un verdadero

y valioso monumento, el único con el que contaba este pobre fragmento urbano, si se excluye la iglesia de la Paloma, que en todo caso lo sería en sentido muy diferente. Su valor monumental le vendría dado hoy, en gran medida, al desaparecido edificio, a través de la dudosa identificación de su uso y función y, por ello, por su capacidad de evocación y sugerencia. Fanal fantástico, catedral sumergida o vieja estación, pero también, ¿por qué no?, ambiguo palacio público, ágora cubierta para el encuentro ciudadano, sede de lo lúdico y lo cultural, Rastro para los días de tiempo inclemente o gigantesto *drugstore* bullicioso.

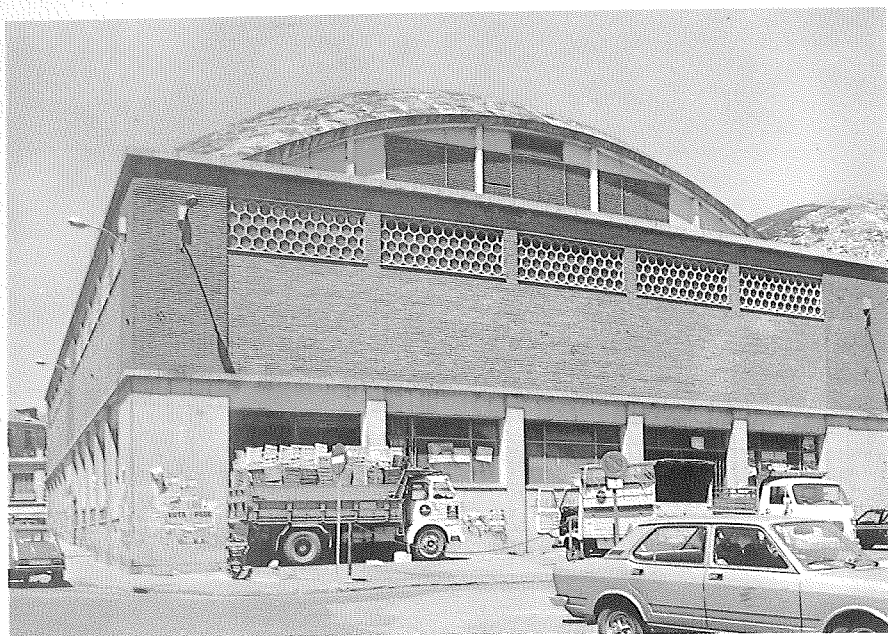
La demolición del mercado fue precedida de una historia poco clara.

En 1953, el Ayuntamiento convocó un concurso subasta para la urbanización de la plaza de la Cebada, que implicaba el derribo del viejo mercado y la construcción de uno nuevo más pequeño, así como un bloque moderno de viviendas y una sala de espectáculos.

Entonces se produjo la unión de los vendedores que tenían sus puestos en el viejo mercado, que presentaron un recurso de reposición contra el acuerdo municipal. El concurso subasta quedó dos veces desierto.

Unos meses después apareció un informe de los Servicios Técnicos Municipales, advirtiendo que el mercado de la Cebada estaba en estado

El actual edificio del mercado de la Cebada, aunque funcional y constructivamente bien resuelto, no puede hacer olvidar la desgraciada pérdida de su antecesor.



de ruina, por lo que resultaba preciso desalojarlo.

Los vendedores solicitaron entonces asesoramiento técnico independiente y el Colegio de Arquitectos designó al catedrático de Resistencia de Materiales y Estabilidad de Construcciones de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, Antonio García de Arangoa, quien emitió dictamen en el que consta que «en general, el estado de la estructura del mercado es bueno» y que «no se aprecia flecha en sus piezas horizontales de piso y cubierta, ni desplome en sus soportes, que son de fundición y exteriormente bien conservados, ni movimiento alguno en las cimentaciones, lo cual, en un edificio erigido hace cerca de ochenta años, demuestra una buena construcción y estabilidad». Después de señalar una avería parcial en una columna, establece claramente que «en

modo alguno puede estimarse esta avería como suficiente para declarar la ruina del mercado, ya que la zona afectada por ella es muy pequeña en relación con la superficie del edificio, y su reparación es fácil y relativamente económica, en comparación con el valor total de la edificación».

Constituida inmediatamente una comisión de los vendedores, presentó al Ayuntamiento un proyecto de reparación, preparado por el arquitecto autor del informe, para que se autorizasen las obras a expensas de los propios vendedores. Una reparación fue hecha, en efecto, en 1954, pero sólo reducida y provisional, puesto que el Ayuntamiento estimó que no se debía hacer la reparación a fondo, por encontrarse el mercado fuera de alineación.

Mientras tanto, un grupo financiero importante presentó al Ayuntamiento un nuevo proyecto de reforma de la plaza, ofreciendo construir un mercado nuevo en el que acoger a los vendedores desalojados, solicitando, en compensación, el aprovechamiento del material del viejo mercado (recuérdese el precio del hierro en aquellas fechas) y la construcción de un bloque de viviendas, que quedaría de propiedad de dicho grupo.

Todo esto ponía de manifiesto, por una parte, la falta de necesidad de demoler el edificio antiguo, y por otra, los verdaderos motivos que podían impulsar a la demolición.

Sea como fuese, lo cierto es que los vendedores, constituidos en 1956 en Cooperativa, entraron también en la sugestión de la conveniencia de cambiar de casa y, finalmente, se llegó al acuerdo de la demolición por fases y la construcción de un nuevo edificio, según proyecto del arquitecto municipal Martínez Cubells, con la colaboración extraoficial de García de Arangoa, convertido en arquitecto de la Cooperativa de Comerciantes del Mercado de la Cebada.

Así, en lugar del viejo mercado, se alza hoy un inmenso cajón de ladrillo, cubierto por seis grandes bóvedas vaídas de hormigón pretendado, resueltas con limpieza técnica dentro del simplismo de la solución. Llena eficazmente su papel de mercado de barrio, pero produce un brutal impacto en su entorno, con su muda y aplastante presencia de objeto arquitectónico muerto, indiferente, incapaz de dialogar con el resto de la ciudad por mucho que su entorno se anime con el diario trajín comercial y por mucho que su estratégica posición, en contacto con la calle de Toledo, sea paso obligado en las comunicaciones este-oeste, enlazando con la plaza de Puerta de Moros y la carrera de San Francisco.

Otros aspectos del mercado actual.



EL BARRIO DE LA PALOMA Y SU VERBENA

Una cierta concentración de bares y cafeterías, junto con el teatro de La Latina, la piscina municipal cubierta, situada al lado del mercado, y la estación del Metro, convierten a la plaza de la Cebada, o mejor dicho, a lo que queda de ella, en el centro principal de actividad y movimiento del sector urbano que nos ocupa.

También la calle de Calatrava reúne el papel estructural de eje de circulación este-oeste, más al sur, con una concentración de actividades comerciales y servicios: bares, cafeterías, bodegas, y una gran cantidad de comercios variados, especialmente de alimentación. (El ya citado trabajo de Isabel del Río es explícito en la representación de la localización comercial, acusando esta concentración.) Ambos aspectos convierten a esta calle en la más animada y bulliciosa de todas las del sector, si se exceptúa la de la Paloma en domingo, cuando la iglesia abre las puertas para las misas y los descampados que un día ocuparon los edificios, que se ha llevado la apertura de la gran vía de San Francisco, sirven de caótico aparcamiento. Y, por supuesto, cuando en medio de los calores del verano, el barrio entero festeja a la patrona de este distrito de Madrid, el 15 de agosto, fecha en que los tenderetes de la famosa y tradicional verbena se instalan en esos mismos descampados de suelo irregular y montuoso, transformando ruidosamente, durante unos días con sus correspondientes noches, la normalmente apagada vida de esa calle y sus alrededores. Tiene lugar entonces la elección de miss Paloma y su presentación en una *kermesse* con concurso de chotis, así como una serie de actos y festejos combinados en varios otros lugares del distrito, como La Corrala, la calle del Olivar, la plaza de Lavapies, la plaza de Oriente, etcétera, que son escenario todavía de cucañas, carreras de pollos, carreras de cintas, bailes y fuegos artificiales. En esos días es curioso ver los clásicos atavíos castizos, tanto en hombres como en mujeres, que no son ya restos conservados por los mayores, sino resurrección folklórica por los jóvenes (un tanto incongruente con las modas dominantes) del atuendo de unos personajes zarzueleros, como la Casta y la Susana, don Hilarión o Julián, que en otra época gozaron de la máxima popularidad, cuando *La Verbena de la Paloma*, o el *Boticario* y las *Chulapas* y celos mal reprimidos, sainete lírico en un acto y en prosa, de Ricardo de la Vega, con música del



Jarana en un patio de vecindad. Grabado de 1855. Museo Municipal. Madrid.

maestro Tomás Bretón, los extrajo precisamente de este trozo de Madrid que aquí estamos considerando, y los consagró como modelos del madrileñismo barriobajero.

Exceptuada la calle de Calatrava, el sector tiene escasa circulación interior. El trazado y las secciones de las calles no permitirían otra cosa y resulta angustioso pensar lo que puede llegar a ser el barrio, si el nivel adquisitivo de la mayoría de sus moradores les permite un día disponer de un mayor número de coches. Como es lógico, ninguna línea de transporte público se interna en él. Discurren por las calles periféricas, de mayor anchura y rectitud.

Forma urbana, estructura física, tejido urbano y elementos arquitectónicos singulares constituyen un caparazón estable, dentro del cual se desarrolla la vida según la certera imagen de Henri Lefebvre. Los lugares donde se concentran las actividades y los ejes en que el movimiento es perceptible permiten una primera aproximación a la comprensión de los fenómenos humanos, que diferencian y cargan de sentido desigualmente, con sus preferencias y polarizaciones, al espacio puramente físico, a la forma urbana, para transformarlo en espacio social.



Calle del Humilladero.

Calle de Oriente.

LA INCERTIDUMBRE DE SU FUTURO

Pero el espacio social está creado en cada momento por la población. ¿Cuál es la población que habita el espacio físico del que nos estamos ocupando? Una simple inspección ocular, una cierta permanencia en el barrio, dan pie para formar una impresión acerca de sus moradores y de sus formas de vida. Pero esta impresión ya no dice tanto hoy como lo decía hace poco tiempo. Basta releer *El semblante de Madrid*, escrito hace sólo quince años, y comparar las impresiones allí anotadas tan garbosamente por su autor, con las que el observador actual puede recoger. La diferenciación de comportamientos sociales y de atuendos entre los distintos barrios de Madrid ya no es suficientemente expresiva. Por otra parte, el observador que esto escribe, no se encuentra con ánimo de intentar siquiera una descripción de carácter literario como la de Chueca. Por ello volverá a utilizar aquí los datos de ese único trabajo científico publicado sobre el barrio de la Paloma, que permiten formar un conocimiento aproximado de algunas características de sus habitantes. Así podemos saber que se trata de una población compuesta mayoritariamente de gentes de nivel de vida medio y bajo, empleados, pequeños comerciantes y algunos artesanos en proceso de desaparición, herederos más o menos actualizados de oficios característicos del siglo pasado. La actividad económica es pobre y escasa en comparación con otros barrios madrileños.

Pero la autora señala varios rasgos que parece interesante destacar para la caracterización de esta población.

En primer lugar, se trata de un barrio «de permanencia en cuanto al origen y procedencia de sus habitantes», en el que se puede constatar la vigencia de lo que se ha llamado «criterio sentimental», por el cual se explica la retención de una población aborigen ligada íntimamente a un espacio físico concreto.

En segundo lugar, se trata de una población en proceso de disminución y de envejecimiento, ya que los jóvenes sí que se evaden en busca de mejores condiciones generales. La densidad actual corresponde a categorías catalogadas dentro de poblamientos moderadamente bajos, existiendo viviendas deshabitadas.

A la vista de estos datos, el tema fundamental que se plantea es el del futuro ¿Qué va a ser de este pedazo de Madrid si su población aborigen, sentimentalmente ligada a él, desaparece? ¿Es deseable y posible detener el proceso en marcha? ¿Vale la pena empeñarse en mantener formalmente un caparazón cuya vida interna es mortecina y empobrecida, sobre todo cuando no hay valores claramente monumentales? Entramos así en la debatida y polémica problemática de los cascos urbanos viejos, y si bien esta problemática puede plantearse con carácter general para otros muchos sectores del Madrid antiguo, parece que éste de la Paloma es uno de los que la reflejan con mayor claridad, y se encuentra más amenazado, precisamente a causa de su pobreza ambiental.

Se plantea, pues, aquí, no ya el clásico problema de conservación de la arquitectura, o de unas formas de vivienda claramente inconvenientes, higiénicamente inaceptables, sin necesidad de referirse a las actitudes racionalistas, sino incluso el problema del mantenimiento de un te-



Calle de Luciente.

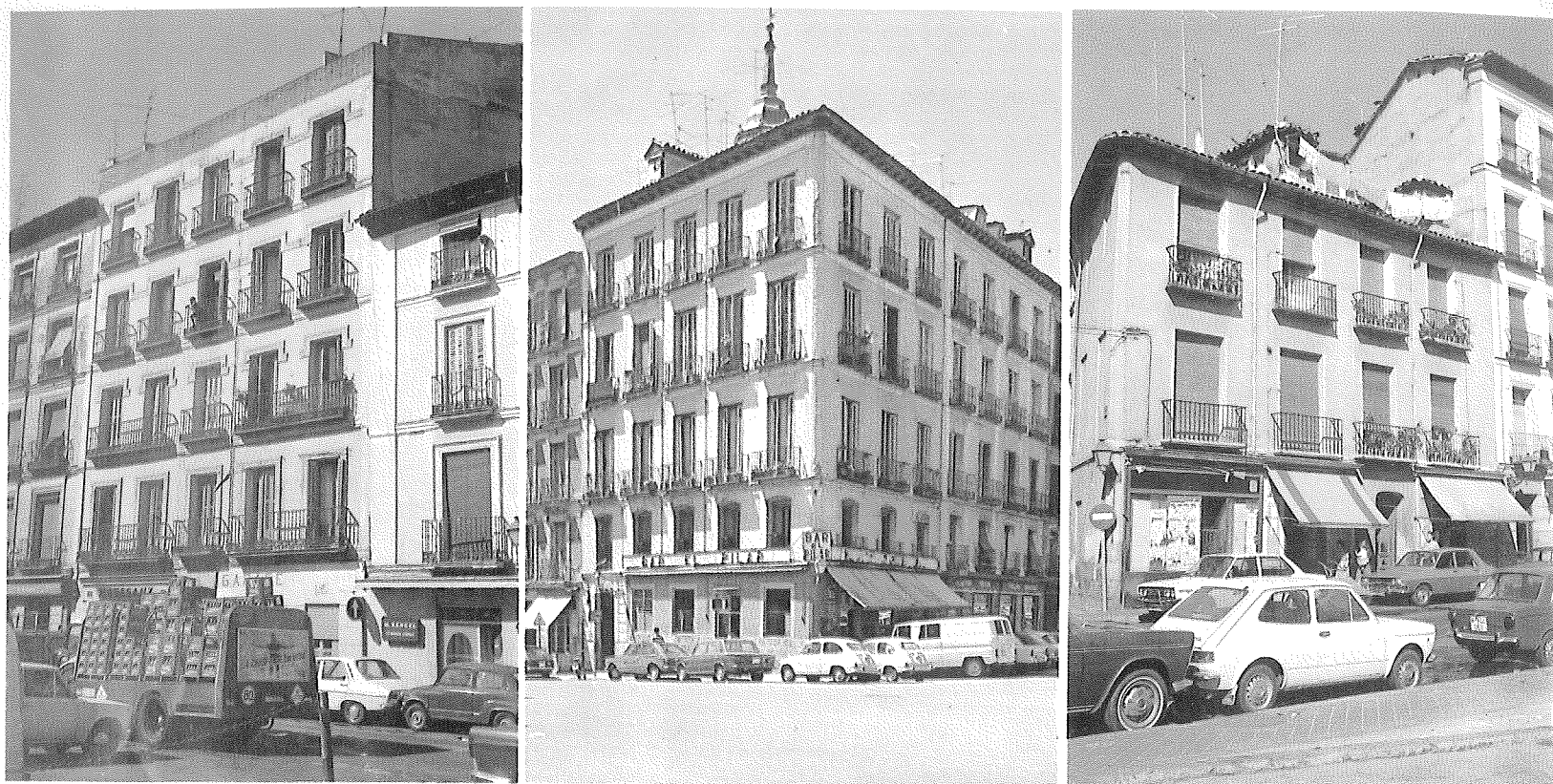
Calle de los Irlandeses.

jido urbano que hace muy difícil o ineficaz, en algunos casos, la propia renovación de la arquitectura. Basta que el lector se asome simplemente a la oscura calle de los Irlandeses para comprobarlo. Pero frente a la propuesta de una drástica renovación de ese tejido urbano, estaría toda la argumentación crítica actualmente elaborada por la cultura urbanística, con peso indiscutible, a favor del mantenimiento del ser histórico de la ciudad como «lugar de la memoria colectiva», cuya destrucción acarrea la pérdida de «la identidad comunitaria, necesaria para la proyección del futuro» por desaparición del valor histórico, entendido como «acumulación de contenidos culturales creados por el aporte de generaciones sucesivas» (Aymonino). Es una disyuntiva que merece una detenida meditación referida cuidadosamente a la realidad concreta de cada caso. Por ello parece que el último punto de la consideración del caso concreto que nos ocupa, debe referirse a la forma en que, por el momento, se está desarrollando su evolución y está quedando configurado su futuro.

ORDENAMIENTO DE SU NUEVA FISIONOMÍA

Todo el sector a que nos referimos queda dentro del Plan de Reforma Interior del Casco Antiguo de Madrid, preparado por los servicios técnicos del Ayuntamiento y aprobado en 1973. La parte sur, desde la calle de Calatrava, está, además, incluida en el Proyecto de Ordenación de San Francisco el Grande, redactado en 1971 y pendiente de aprobación.

El primero de estos documentos se plantea con carácter general los problemas de la conservación del carácter, en contradicción con las necesidades de la fluidez de la circulación y el saneamiento de los sectores insalubres. Su estrategia tiende a disminuir la densidad, procurando casuísticamente rescatar espacios para el dominio público o para enjugar los tremendos déficits de espacios para servicios de la colectividad, y reduciendo el fondo edificable en las manzanas para que la renovación aislada y paulatina de la edificación, dejada a voluntad de los propietarios de los inmuebles, vaya produciendo un esponjamiento. Por otra parte, las ordenanzas obligan a un tratamiento de la nueva edificación, que proscriba ciertos materiales e impone normas de composición y de volumen y altura. Cada proyecto de nuevo edificio debe superar un examen detenido, desde este punto de vista, por parte de los servicios municipales. El resultado está ya a la vista en las últimas edificaciones surgidas, que mantienen una tónica de discreción y de acomodación a su entorno sin provocar conflictos con el mismo. En definitiva, el procedimiento asegura, al limitar sus posibilidades, que la tecnología y los materiales modernos no rompan agresivamente la unidad del conjunto. Así, la renovación de la edificación mantendrá el trazado heredado y se producirá de la misma manera que se ha venido produciendo desde que se edificaron las primeras casas. Contra este enfoque se ha pronunciado, por ejemplo, la Asociación de Vecinos de La Latina, en informe hecho público contra el Plan de Reforma Interior, que estima que la solución debe enfocarse hacia la reparación, adecentamiento y consolidación de lo existente.



Otros aspectos de la arquitectura del barrio.

El segundo de los documentos citados, que afectará a la parte sur del sector, contiene algunas determinaciones más intervencionistas. La calle de la Paloma se rematará en una plaza de aparcamiento a la altura de la iglesia, comunicada con la calle de Toledo por una calle de nuevo trazado, de modo que la iglesia quedará visualmente revalorizada al formar esquina. Delante de la iglesia quedará sin edificar un espacio ajardinado abierto a la gran vía de San Francisco. Para el resto se prevé el mismo proceso de renovación voluntaria de la edificación, con un fondo de manzana reducido y un máximo de cinco plantas.

A la vista de lo que constituyen las previsiones municipales, cabe decir que las mismas configuran un futuro de edificación cuidadosamente renovada, respetuosa con el trazado existente. Se trata, pues, de un compromiso entre las operaciones de renovación total, destructoras de todo ves-

tigio histórico, y los planteamientos estrictamente conservadores, que requieren medidas de intervención directa de la Administración para garantizar un acondicionamiento de la edificación existente.

Así, pues, si las cosas siguen como van, el proceso de renovación de la edificación, cuya velocidad estará directamente relacionada con la evolución de la situación económica nacional, producirá la transformación casi absoluta de los actuales aspectos visuales de este fragmento de Madrid, sin alterar sustancialmente su estructura y la disposición de su planta, más allá de lo que ya la ha alterado la apertura de la gran vía de San Francisco.

En ese futuro escenario urbano renovado, la iglesia de la Virgen de la Paloma, por su propia historia, quedará al mismo tiempo, como un símbolo de la continuidad y de la discontinuidad históricas.

BIBLIOGRAFÍA

- Cooperativa de Comerciantes del Mercado de la Cebada: *Nuevo Mercado de la Cebada*, Madrid, 1972.
- Cuaderno sin título, fecha, ni autor, sobre la Virgen de la Paloma, Biblioteca del Museo Municipal de Madrid.
- CHUECA GOITIA, F.: *El semblante de Madrid*, Madrid, 1951.
- Expediente formado a instancia de Isabel Tintero, 1791: *Archivo Histórico Nacional*. Sig. Consejos, Leg. 1464, núm. 12.
- Expediente promovido por el arquitecto Lorenzo Álvarez Capra, 1896: *Archivo de la Villa*. Sig. 16/15/12.
- GONZÁLEZ AMEZQUETA, A.: «Arquitectura neomudéjar madrileña de los siglos XIX y XX», en revista *Arquitectura*, núm. 125, Madrid.

- LA CASA, L.; COLÁS, E.; ESTEBAN DE LA MORA, S.: «Proyectos de reforma interior de Madrid», en revista *Arquitectura*, Madrid, 1933.
- Madrid moderno. La plazuela de la Cebada*. El Museo Universal, Madrid, 17 de mayo de 1863.
- MOLINA CAMPUZANO, M.: *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1960.
- NAVASCUÉS PALACIO, P.: *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1973.
- RÍO, María Isabel del: *El barrio de La Paloma*, Estudios Geográficos, núm. 125, Madrid, 1972.
- VELASCO ZAZO, A.: *Recintos sagrados de Madrid*, Madrid, 1951.